

ex libris Jorge E. Dotti

MARTIN TRAINER

(UNIVERSIDAD DE COLONIA - ALEMANIA)

Es curiosa la indiferencia de Jorge frente al fenómeno del 68, a pesar de la coincidencia generacional, y de alguna manera también temática: crítica ideológica y antidogmatismo cultural. La biblioteca que trajo de Italia contenía la ebullición intelectual europea de izquierda de la postguerra. Jorge había ingresado a la filosofía por inquietud política, pero no por rebeldía. De ahí su interés por leer y entender a Marx. Y así accedió a través de Colletti a Hegel. Desde esa perspectiva leyó inicialmente también a Rousseau y Kant. Su biblioteca de los setenta incluía todos los textos epocales del marxismo occidental, de Gramsci, la producción italiana, los franceses y desde luego las obras sueltas que circulaban entonces de los francfortianos, Luckas y Korsch. Por supuesto, ya estaban Hegel y Kant en las versiones originales y las traducciones italianas y francesas; no menos que la literatura secundaria relevante.

Cuántos problemas le habría ocasionado una requisita policial en los años del autoritarismo; no sólo porque junto a Marx estaban Lenin o Mao, en los estantes se encontraban también publicaciones críticas y esporádicas de ese tiempo. Su biblioteca no acumulaba sin embargo subversión, no buscaba fuentes de legitimación revolucionaria, sino explicaciones de la fragilidad de las instituciones, de la debilidad constitucional, del crecimiento amorfo del Estado Argentino. Jorge había estudiado derecho y cursado la carrera diplomática, y al regresar de Roma fue asistente de Werner Goldschmidt en la cátedra de Derecho Internacional Privado. El pensamiento jurídico había dominado entonces sus lecturas, de modo que las recorridas por las librerías de Tribunales de nuevos y usados –y mucho antes de ocuparse de Carl Schmitt– fueron engrosando la biblioteca con los textos clásicos desde Grotius, Pufendorf y la Escuela de Salamanca hasta los formalistas y positivistas del siglo pasado. Ese interés jurídico no era no obstante abstracto: la cuestión de fondo era una y otra vez la organización política argentina. Con ese interés se había



JORGE DOTTI,
in memoriam

ocupado ya en los tempranos ochenta de Alberdi, y con él del entorno histórico, para lo cual había reunido material jurídico y político argentino de los siglos XIX y XX. Desde esos años en más, y ya casi como programa, sus bibliografías giraban juntas sobre filosofía moderna, derecho público europeo e historia. Con esa amplitud se extendieron también sus monografías: que van desde aspectos puntuales de las críticas kantianas, pasando por Locke y Hobbes hasta los neohegelianos o H. Arendt, y simultáneamente reconstruyendo las recepciones locales, históricamente contextualizadas. Iba de suyo que no existiendo esa biblioteca para sus búsquedas, tenía que armarla. Cómo ocuparse de éste o aquél tema, sin tener el libro al alcance de la mano, para leerlo, volver a consultarlo, una y otra vez. Su estudio sobre Kant en Argentina trae una recopilación de textos fundamentales para comprender la formación académica e ideológica del país. Algo similar vale para su trabajo sobre Justo que reúne material desconocido del pensamiento socialista argentino.

Jorge “descubrió” a Carl Schmitt a fines de los setenta, pero su lectura sistemática arrancó algo después. Siendo un autor demasiado complejo y controvertido para atreverse a juicios rápidos, empezó por una búsqueda completa de los textos, siguiendo la bibliografía de Piet Tommissen del ‘59, con las ampliaciones del ‘68, ‘75 y ‘78. Hablo con causa porque fui testigo directo de esa tarea de detective bibliográfico. No era fácil. Buena parte de las ediciones estaba agotada, algunas revistas ni figuraban en los catálogos, y –dígase también– no existía la internet ni las facilidades electrónicas actuales. Schmitt no estaba aún de moda. No habían aparecido sus cuadernos, tampoco *Schmittiana* ni los innumerables estudios que se multiplicaron a partir de los noventa. Como en un juego de lotería, Jorge había rellenado ese cartón de libros y artículos a fines de los noventa, y desde entonces no dejó de sumarle las nuevas apariciones de los textos del mismo Schmitt o aquellos secundarios principales. No creo que haya en toda Sudamérica al respecto una biblioteca igual. Riguroso como era, no se conformaba con las obras de Schmitt, sino que acopiaba también la bibliografía de la que éste se servía, sea en derecho, teología o historia. Con esa aproximación también se perfilaron las adquisiciones complementarias de su biblioteca: Revolución Conservadora, violencia política, crítica de la modernidad, teología política. El rastreo minucioso que emprendió sobre Schmitt

en Argentina terminó siendo, como lo habían sido ya los estudios sobre Kant en el Río de la Plata y las traducciones e interpretaciones de Justo de *El Capital*, una reconstrucción extensa y profunda de las corrientes de pensamiento en Argentina. Jorge recopiló todo ese material desde las lecturas schmittianas de izquierda, de los nacionalistas, hasta los constitucionalistas. Que esa bibliografía no se encuentra reunida en ninguna otra parte lo constataba hace no mucho tiempo atrás Tulio Halperin Donghi, que de paso por Buenos Aires le pidió a Jorge poder consultar su biblioteca, pues de otro modo le resultaba imposible acceder a esa literatura.

Desde fines de los ochenta, Jorge y Beatriz, con sus hijos, nos visitaban una vez al año en el invierno europeo. Con variaciones y cambios espontáneos en el itinerario, los viajes tenían un curso preestablecido claro: junto a los emprendimientos familiares, eran obligatorias las largas búsquedas en bibliotecas y librerías alemanas, y las infaltables escapadas a Italia y Francia, eventualmente a Inglaterra, todas en una suma de turismo y afán bibliófilo. El cierre de esas estancias era siempre un drama logístico: cómo hacer con el sobrepeso de libros y copias acopiados que superaba toda tolerancia. Jorge intentaba todos los trucos posibles. Alguna que otra valija con un poquito más de lo reglamentario, el equipaje de a bordo excedido de toda norma y, como si nada, bolsas de mano con varios libros cada una, como si se trataran de obsequios de *freeshop*. Siempre nos reíamos de la respuesta de la empleada en el *check in* del aeropuerto que no confundiera a una compañía aérea con una organización de ayuda social o científica, cuando Jorge –por supuesto sabiendo él mismo las limitaciones de su argumento– legitimaba su sobrepeso con un proyecto de investigación. Cuando a mediados de los noventa se mudaron a la nueva casa, los de la empresa mudadora se preguntaban cómo podían haber entrado tantos libros en un departamento de ese tamaño. Fue así que el espacio mayor que ofrecían las nuevas paredes sirvió casi como invitación para la ampliación bibliográfica. Poco después, las treinta bibliotecas Thomson en las que Jorge y Beatriz sabían conservar su literatura ya no daban abasto. Aparecieron entonces estanterías en los pasillos, en la escalera que sube al escritorio, ¡y en el lavadero! Y a medida que los hijos mayores fueron abandonando el hogar, los libros colonizaron también esos cuartos.

En la lista de textos reunidos durante décadas se proyecta la trayectoria intelectual de Jorge, que refleja a su modo el momento his-



JORGE DOTTI,
in memoriam

tórico que le tocó vivir. La crítica ideológica de los setenta, que se dirigía contra el autoritarismo de esos años, se apoyaba en la interpretación contrahegeliana de Della Volpe, se continuó poco después con la lectura de Kant como sostén teórico para el proceso de democratización. La experiencia de esos años a su turno, el desencanto frente a la progresiva desarticulación de las instituciones, lo llevaron a las búsquedas de legitimación de un estado de derecho robusto. Si su biblioteca fue espejo de ese tiempo, nada sin embargo lo habría irritado tanto como incluirlo en el espíritu de época. Qué poca simpatía expresaba por el gesto ideológico indolente e individualista de la postmodernidad. Jorge, a pesar de esa inquietud rectora de todas sus reflexiones por lo político, no tuvo participación partidaria ni gremial. Él no intervenía en política, tampoco universitaria. La biblioteca era su universo, como soporte también de su vida docente, y compromiso social. Así como era implacable en los exámenes, con la misma disciplina perseguía libros y artículos; no como placer coleccionista, sino como contribución histórica.

Si la biblioteca denuncia en el fondo las deficiencias estructurales en las condiciones de investigación en Argentina, por las cuales un docente para estudiar seriamente deba recurrir a sus recursos privados, y no cuente más que con fuentes públicas magras y mal organizadas; expresa también una enorme energía intelectual, legada ahora a sus discípulos. Descontando los libros de Beatriz, las obras de literatura argentina y universal, y las muchas curiosidades recopiladas desde la juventud, incluso las revistas infantiles que todavía guardaba, la biblioteca alberga unos 15.000 volúmenes de filosofía, filosofía política, derecho e historia universal y argentina. Jorge reconocía que era un error que su biblioteca no estuviera clasificada y catalogada. No le alcanzó el tiempo para hacerlo. Es la responsabilidad de los que seguimos de preservar ese acervo. Concluyo por eso estas líneas con un llamado a los amigos, colegas y autoridades académicas para conservarla. En una oportunidad le pregunté qué pensaba debería ser de su biblioteca cuando él ya no estuviera. No ocupándose Beatriz y sus hijos de esos temas, se alegraba que a los libros se les estampara un sello “*ex libris Jorge E. Dotti*” y quedaran a disposición de las generaciones futuras en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.